

Combatando al general

Mientras algunas teorías señalan la idea de un movimiento obrero con un rol pasivo durante la última dictadura, otros defienden la resistencia que se realizó desde el seno de la clase trabajadora. El autor de este artículo sostiene que la participación de los trabajadores fue decisiva para deteriorar el poder dictatorial e instaurar la democracia.

por Pablo A. Pozzi

La apertura democrática, que el 10 de diciembre de 1983 llevó al partido Unión Cívica Radical al gobierno de la Argentina, cerró un proceso iniciado siete años y medio antes con el Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. En cierta forma, este proceso en torno a la apertura ha llevado lentamente a la búsqueda de explicaciones que no sólo justifiquen el pasado sino que también garanticen su superación futura. Éste incluyó la toma de conciencia a nivel nacional sobre la profunda crisis por la que atravesaba la sociedad argentina, ejemplificada en la corrupción masiva, las violaciones a los derechos humanos, la quiebra del aparato productivo.

En esta búsqueda se mezclan, a veinticinco años del Golpe, y particularmente en los sectores medios de la población, sentimientos de culpa y de autojustificación ante lo que se percibe como la participación en el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) y sus consecuencias. Esto abarca, desde la negación de lo pasado —excepto en sus aspectos más obvios— a una cierta aceptación apática, pasando por una reinterpretación histórica.

Es así como el sentimiento de los sectores medios de haber participado o de haber permitido el desarrollo del PRN ha llevado a la interpretación de que éste “otorgó” la apertura debido a su fracaso económico, primero, y a la derrota en la Guerra de las Malvinas en 1982, después. Esta per-

cepción, además de ser injusta con los miles de argentinos que desde distintas perspectivas políticas y de diferentes formas se opusieron a la dictadura, es inexacta históricamente.

Es correcto que el Golpe de Estado de 1976 fue considerado por amplios sectores medios, y algunos obreros, como necesario ante el “caos” de los años 1973-1976, puesto que no se percibía ninguna otra alternativa posible; especialmente después del Rodrigazo de junio de 1975. Pero por un lado, no hay que confundir un deseo de “paz y estabilidad” con el apoyo y la compenetración con las prácticas y objetivos del PRN, y menos aún con sus consecuencias. Y por otro, tampoco se puede negar la resistencia que con un sinnúmero de problemas, realizaron los trabajadores.

Asimismo, es cierto que el fracaso de la política económica del Ministro Martínez de Hoz y su equipo evidenciaron que el PRN naufragaba. Al igual que es indudable que la derrota militar en las Malvinas aceleró el proceso de apertura, especialmente frente a la timidez de los dirigentes políticos, sociales y religiosos del país. Si bien los golpes han “politicizado” a la institución militar, también han “militarizado” a la sociedad civil, como diría Rouquié.

Varios analistas han señalado la relación entre el fracaso económico y la Guerra, apuntando que la última se torna



EDUARDO COMESAÑA

“necesaria” como intento por ganar un espacio que permita corregir el modelo. Se plantea que, de haber triunfado en las Malvinas, la dictadura se habría consolidado a largo plazo. Lo curioso de esa última afirmación es que no hay razón para pensar esto ya que, en general, se pone en duda la posibilidad del PRN para revertir la situación económica dados los problemas del capitalismo a nivel internacional y la quiebra del aparato productivo a nivel nacional.

En ambos casos, se deja de lado la relación dialéctica entre la sociedad y la economía. En cierta forma se presenta una sociedad desmovilizada, casi apática, al margen de ciertos conflictos que ocurren de vez en cuando; pero que se aceleran a partir de Malvinas y el fracaso del proyecto económico².

Los signos del poder

La hipótesis que nos interesa desarrollar en este trabajo postula que, si bien el aspecto económico es fundamental al PRN, no es el único. El PRN es un modelo de país que abarca no sólo una reestructuración económica, sino también social, ideológica y por ende política. Se basa en relaciones de poder para llevar a cabo sus fines. A decir de Juan Villarreal “el poder es algo mucho más difuso, general y complejo que una forma de gobierno, que sus protagonistas y sus leyes. Se constituye a partir de una red variable de relaciones de fuerza que recorre la totalidad social produciendo efectos diversos, de una imbricación compleja de relaciones de dominación que no se reconoce verazmente en la simple oposición entre gobernantes-gobernados, no se sitúa en un único punto identificable como gobierno del poder estatal”³.

En este sentido, el aspecto social cobra una importancia básica en el éxito o fracaso del PRN. Así, si bien se conjugan una serie de factores que se interrelacionan entre sí, las actitudes de los distintos sectores sociales frente al Proceso es, para nosotros, lo más importante. Dentro de esto, son los trabajadores —la clase obrera— el sector social clave, como lo supo reconocer en su momento la propia dictadura. En este sentido, el fracaso del régimen dictatorial para lograr sus objetivos con relación a los trabajadores, es la base material o, se presagia, el fracaso del PRN globalmente. La resistencia de la clase obrera frente al tremendo poder que desató la ofensiva de la gran burguesía financiera a través del partido militar, se convirtió en el escollo fundamental frente al cual los relativos éxitos en otros campos se revelarían secundarios.

A partir del Rodrigazo de junio de 1975, se reduce sensiblemente el accionar del movimiento obrero. La represión desatada, tanto por los servicios de seguridad y sus grupos paramilitares como por las Fuerzas Armadas, junto con una falta de alternativa clara y nucleadora, son las razones fundamentales de un reflujo que se concreta entre mediados y fines de 1975.

Ya a principios de 1976, la clase obrera había reducido su accionar esforzándose por no brindar blancos fáciles, a pesar

de que sus sectores más combativos desarrollaban una táctica de enfrentamiento directo con la represión.

Con el Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 se inicia la resistencia obrera a la dictadura. Es importante comprender los límites ideológicos de la misma. Siguiendo el análisis presentado por Daniel James, vemos que la resistencia pocas veces se generalizó tanto como para constituirse en una crítica implícita a las relaciones de producción capitalista⁴. En general, la oposición a la “eficientización” no se extendió a un cuestionamiento del derecho del empresario a administrar sus plantas fabriles. “Es obvio que la aceptación de la legitimidad de las relaciones de producción capitalistas y las relaciones de autoridad contenidas en ellas eran en sí mismas reflejo de ciertos postulados básicos de la ideología peronista”⁵. Así el obrero, si bien favorece aumentos en la productividad, en general opina que ésta no debía lograrse “por un aumento incontrolado de la carga de trabajo, sino más bien por una mejor eficiencia del trabajo, es decir, por un menor gasto de esfuerzo físico”⁶.

Por otra parte, es evidente que, a pesar de estos límites, la resistencia de los obreros representaba un desafío implícito a ciertos aspectos fundamentales de la organización de la producción capitalista; particularmente, en lo que se refiere a la necesidad de readecuar el aparato económico a la concentración y la competencia internacional a través del aumento de la tasa de explotación. “A pesar de la inexistencia de un reto explícitamente articulado al control empresarial, el resultado concreto de la insistencia de los obreros, en lo que se refiere a la reinterpretación de niveles aceptables de rendimiento [...], condujo a un enfrentamiento inevitable con los empleadores”⁷ y con el régimen dentro de las fábricas.

Los reclamos y sus alcances

Al darse el golpe, el movimiento obrero en su amplia mayoría ya estaba realizando el duro proceso de reajuste aprendiendo de los errores de la época. En base a la experiencia histórica forjada bajo dictaduras anteriores, particularmente la de 1955-1958, se aplicarían métodos de lucha y organización más acordes con la represión desatada y la falta de organización legal. Este proceso fue sumamente costoso, puesto que los sectores más combativos y mejor organizados se lanzaron a defender sus conquistas. Así, por ejemplo, tenemos las huelgas automotrices de julio, agosto y septiembre de 1976 que fueron brutalmente reprimidas con desapariciones, detenciones, asesinatos y la ocupación de las fábricas por parte de las Fuerzas Armadas. Lo mismo ocurre con otros sectores obreros. Son los metalúrgicos (marzo de 1976), los portuarios (noviembre de 1976) y los trabajadores de Luz y Fuerza, además de los automotrices, los que llevan la punta en la resistencia obrera a los objetivos socio-económicos del régimen, sufriendo como consecuencia los efectos salvajes de la represión.

Sin embargo, y a pesar de lo denodado de la lucha de estos sectores, es notable que la clase obrera ya se había replegado. Es por eso que los conflictos de 1976, que en otro momento (1969, 1971, 1975) se habrían expandido a todo el movimiento obrero desatando oleadas de medidas de fuerza, no tienen ese efecto. El gran valor de estas luchas es que en ellas se van ensayando nuevos métodos, y desempolvando viejos, para llegar a las mejores formas de oponerse al régimen. Así, el gran saldo positivo de todas estas jornadas fue el crecimiento en la experiencia de lucha de los trabajadores, además de una profundización del odio de clase que generó la represión.

Queda claro, también, que hubo éxitos parciales como, por ejemplo el que alcanzaron los portuarios quienes, si bien no lograron la totalidad de sus reivindicaciones, le arrancaron al régimen aumentos de hasta el 35 por ciento.

En el gremio automotriz, el primer desafío lo llevaron a cabo los obreros de la fábrica IKA-Renault de Córdoba, el mismo 24 de marzo. Ese día los trabajadores intensificaron el trabajo a reglamento, que se venía realizando desde abril, bajando la producción de 40 a 20 unidades y después a 14 el segundo día, mientras se cubrían las paredes de la fábrica con leyendas: "Fuera los milicos asesinos", "Tenemos hambre", "Sabotaje a la superexplotación". El Ejército acudió a la fábrica donde fue resueltamente enfrentado por los obreros, quienes obligaron a retirarse. En las semanas siguientes, las fuerzas represivas se dedicaron a secuestrar y asesinar a distintos delegados y obreros combativos de la fábrica.

A principios de abril, en la fábrica General Motors de Barracas (Capital Federal) entró en conflicto la sección pintura, que fue ocupada por fuerzas represivas que arrestaron a tres de los huelguistas. Inmediatamente toda la fábrica entró en huelga, obligando al régimen a liberar a los tres compañeros detenidos.

A mediados de mayo, comienzan los primeros paros rotativos de 15 minutos en la fábrica Mercedes-Benz. En Chrysler Monte Chingolo y Avellaneda se adoptan medidas similares con cortes de luz de 10 minutos. A través de septiembre las plantas fabriles dedicadas a la producción automotriz protagonizaron una ola de medidas de fuerza consistentes en paros, quites de colaboración, trabajo a desgano y sabotaje.⁸

El ejemplo más claro de las luchas durante estos meses es la experiencia del gremio de Luz y Fuerza, entre octubre de 1976 y marzo de 1977, que demuestra claramente el cambio en los métodos de lucha aplicados a la transformación en las características de la resistencia, ante el fracaso de una táctica de enfrentamiento abierto a la ofensiva de la dictadura.

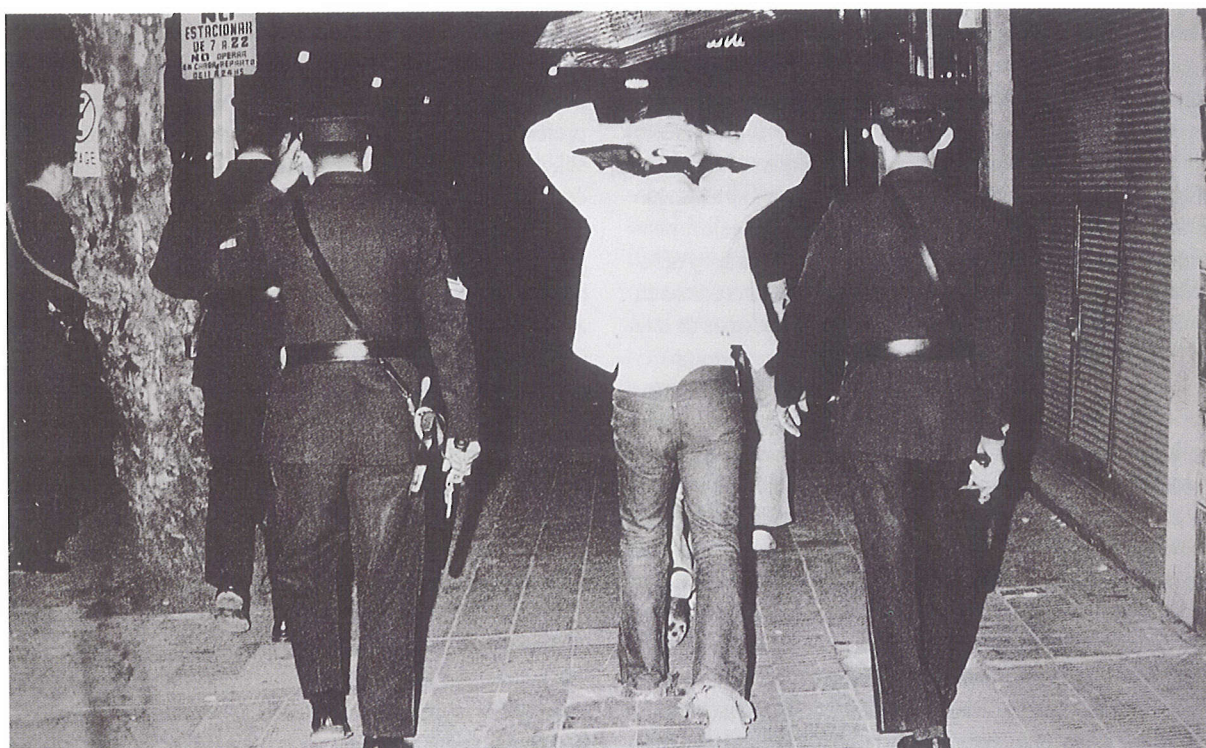
En abril de 1976, tras producirse el golpe militar, el sindicato de Luz y Fuerza fue intervenido; 260 empleados de la empresa SEGBA fueron cesanteados, entre ellos el dirigente Oscar Smith y muchos delegados sindicales; se aprobó la Ley 21.476 que derogaba todos los regímenes laborales de

excepción de los que gozaba el personal de las empresas del Estado. "Se eliminaban la bolsa de trabajo, la prioridad para el ingreso de los familiares de empleados, las tarifas preferenciales en los servicios para el personal, los permisos para los delegados, los sistemas de becas para perfeccionamiento, la participación de los representantes sindicales en promociones laborales. También cesaba la participación del personal en la fijación de dotaciones y planteles y en la discriminación de tareas. Se rebajaba del 7,5 % al 6 % el aporte de la empresa a la obra social del sindicato y, finalmente, se alteraba el régimen horario y, consecuentemente, la remuneración de los trabajadores. La semana laboral pasaba de 36 a 42 horas"⁹.

A partir del día 5 de octubre de 1976, los trabajadores del gremio de Luz y Fuerza, que comprende todas las empresas de electricidad (SEGBA, Agua y Energía, DEBA, Compañía Italo Argentina de Electricidad), privadas y estatales, iniciaron una huelga de brazos caídos en protesta por el despido de 208 compañeros, como consecuencia de la aplicación de la Ley de Prescindibilidad, del incumplimiento del convenio colectivo de Trabajo, de la rebaja indiscriminada de las remuneraciones, de la falta de pago de los incrementos salariales, de la aplicación de sanciones al personal por reclamar tales derechos, de la negativa a depositar los aportes de los propios trabajadores al Fondo de Obra Social del sindicato y de la amenaza por parte de la Comisión Militar de Asesoramiento



Manifestaciones. 1976 dio paso a otras formas de resistencia.



Los colores de la represión. Detenciones, torturas y secuestros de trabajadores fueron una moneda cotidiana de la dictadura.

Legislativo de cercenar las conquistas alcanzadas y consagradas en el convenio colectivo del gremio.

Este movimiento de lucha, que se prolongará durante los meses de octubre y noviembre, estará caracterizado por paros, abandono de tareas, intentos de movilización, trabajo a desgano y gran cantidad de apagones en diversas zonas. El gobierno militar responderá con represión, amenazas de movilización militar, detenciones, torturas, secuestros¹⁰.

Reconstruyendo los hechos¹¹, podemos identificar las principales características del conflicto como las siguientes. El día 5 de octubre comienzan los paros ante el despido de los 208 trabajadores; el mismo día interviene el comando Militar Zona I y son custodiados locales y maquinarias. Los días 7, 8 y 9 de octubre hubo muchas detenciones: 90 operarios en SEGBA 27 en Puerto Nuevo y 18 en Pilar. También se produjeron detenciones en Italo y en las sedes de SEGBA en Quilmes, Lanús, San Miguel, Morón y en la Central Costanera. En Agua y Energía fueron despedidos 40 trabajadores¹². El día 8 son secuestrados en sus domicilios tres obreros de la empresa SEGBA: Víctor Seijo, Amado Mieres y Oscar Pellizo, lo que produce el agravamiento del conflicto¹³. Se destaca la solidaridad y firmeza que existe entre los trabajadores de Luz y Fuerza. Por ejemplo, a mediados de octubre un teniente pidió a los ingenieros la lista de los delegados a lo que se le respondió que "desde el 24 de marzo no hay más delegados a lo que se le respondió que "desde el 24 de marzo no hay más delegados".

Este gesto solidario fue compartido por todo el personal desde ingenieros hasta empleados, pasando por subcapataces y contra maestres¹⁴. Se inicia una gigantesca ola de sabotajes con explosivos en la que son destruidas 14 cámaras transformadoras, la mayoría en la parte sur del Gran Buenos Aires, además de apagones, sobrecarga de tensión y otros trastornos¹⁵. El día 12, en las distintas seccionales de SEGBA, se realizan paros y manifestaciones que son violentamente reprimidas por personal de la policía Federal, al mando del propio jefe de la repartición, general Edmundo Ojeda. La Justicia Federal hace saber su preocupación ante la imposibilidad de asumir la investigación de la responsabilidad penal de todos los posibles imputados, por carecer de medios materiales para ello. En la Capital, el mismo día 12, resultan detenidos 100 trabajadores del gremio. En San Martín, provincia de Buenos Aires, son detenidos 42 trabajadores más. Al día siguiente, se produce el desalojo por parte de las fuerzas de seguridad del personal que se encontraba realizando su trabajo a desgano (calificado por los trabajadores como "trabajo a tristeza"). En la Central Costanera intervienen tropas de la Prefectura Naval y de la Infantería de Marina para impedir que el personal se declare en huelga. El mismo día 13, en Lomas de Zamora, tropas del Ejército ocupan la usina de SEGBA y detienen a dos obreros, otros dos son detenidos en la Central Costanera, uno en Olivos y en Rosario (provincia de Santa Fe) otros varios, entre ellos el dirigente Neifes Juncos¹⁶. Todos los establecimientos son ocu-

gregaron frente a la sede del sindicato, a cuatro cuerdas de la Casa de Gobierno, y fueron dispersados por las fuerzas de seguridad²⁸.

La lucha de Luz y Fuerza no fue la única, si bien por su magnitud y duración fue una de las más documentadas. En apariencia, el observador superficial estimaría que el gremio fue derrotado, puesto que toda esta lucha, y la represión desatada, desgastó tremendamente al gremio y fueron muchísimos los trabajadores encarcelados, secuestrados y despedidos durante los cinco meses de conflicto. Después de marzo de 1977, Luz y Fuerza no protagonizará más jornadas de lucha tan frontales, aunque sí se sumará a las distintas movilizaciones en noviembre de 1977 y en 1979. Pero el régimen sufrió un desgaste apreciable y la ofensiva militar perdió un tiempo precioso. El miedo a desatar una explosión popular similar al "Cordobazo" hizo que la Junta vacilase en la aplicación del plan económico.

Lo más valioso de las luchas del movimiento obrero durante estos meses fueron las lecciones dejadas. Era posible enfrentar a la dictadura, mientras no se brindaran blancos que facilitaran la represión. La unidad, solidaridad y firmeza de los trabajadores era la clave de la resistencia. Esto sólo podía ser garantizado por la organización clandestina por la base, tal como apuntó más arriba el delegado de Luz y Fuerza. Había que evitar métodos y formas organizativas que señalen con facilidad a los dirigentes. En este sentido, distintos testimonios certifican que se recurre principalmente a la "Resistencia Peronista" (1955-1957) y que, junto con ésta, hay un grado importante de innovación. Así, en base a la experiencia y al ejemplo, se concretan a través de 1976 una serie de formas de lucha que se ajustan a una correlación de fuerzas desfavorable y a la represión salvaje: "trabajo a tristeza", trabajo a reglamento, quite de colaboración y principalmente el sabotaje.

Los resultados se hicieron sentir: a fines de 1976, Renault anunció que su producción había bajado en un 85 %; en la siderúrgica Dálmine, el 30 % de las chapas salían fisuradas; el 25 % de los automóviles que producía General Motors estaban dañados; en Peugeot se saboteaba en serie los bloques de motor; en el Frigorífico de Reconquista fueron dañados los congeladores de carne para exportación; en SOMISA los obreros oxidaron sistemáticamente las grandes planchas de acero ardiente; en la fábrica Ford se destruyeron los motores de 30 patrulleros Falcon encargados por la Policía Federal; en el Frigorífico Swift toneladas de carne destinadas a la exportación fueron inutilizadas al ser pinchadas las cámaras frigoríficas que las conservaban; en Mercedes-Benz un día desaparecieron todos los instrumentos de medición; en Dálmine de Campana, fue incendiado un cable de alimentación a los altos hornos; en Kaiser de Córdoba, la introducción de bulones en los motores de armado provocó la destrucción de unidades y la producción bajó al 10 %; en las obras hidroeléctricas de Salto Grande fue interrumpido el

"El régimen sufrió un desgaste apreciable y la ofensiva militar perdió un tiempo precioso. El miedo a desatar una explosión popular similar al Cordobazo hizo que la Junta vacilase en la aplicación del plan económico."

suministro de agua a una máquina que realiza la mezcla, provocándose el endurecimiento del cemento en su interior, por lo que se debió suspender el trabajo durante dos jornadas; en Sudamtex de Capital Federal, se hicieron cortes en bobinas de telas y hebras de hilo ocasionando grandes pérdidas a la empresa; en Ciudadela fueron cortadas en una noche treinta ligas en los rieles del Ferrocarril Sarmiento²⁹. En todo esto es notable el nivel de solidaridad y unidad desplegada por los trabajadores. Más arriba mencionamos el caso de General Motors.

Otro ejemplo ocurre en la fábrica EMA, donde la suspensión de tres obreros provocó una huelga con la intervención del Ejército que detuvo a seis trabajadores, incluyendo a los suspendidos. Inmediatamente más de mil obreros de las fábricas vecinas (Editora Abril, Refinerías de Maíz, etc.) se concentraron frente a EMA manifestando su apoyo. Las patrullas militares, que en cierto momento parecían dispuestas a abrir fuego sobre los obreros, acabaron por negociar la libertad de los presos y anularon las tres suspensiones a cambio de la normalización de las actividades³⁰.

En De Carlo, el 14 de mayo se efectuó un paro total por la detención de tres obreros. El 7 de septiembre de 1976 los trabajadores celebraron el día del metalúrgico, a pesar que el régimen abolió la fecha. En la Empresa Ladrillos Olavarría S.A., los militares no pudieron descubrir quiénes eran los autores de pintadas a la entrada de la fábrica, gracias a que no obtuvieron la colaboración de los trabajadores. En la fábrica de tractores Massey-Ferguson, de Rosario, los obreros lograron rechazar a "carneros" que había tomado la empresa para solucionar el quite de colaboración. En Rigolleau, la prensa clandestina informó que un obrero detectado como infiltrado de los servicios de seguridad en la fábrica sufrió un accidente mortal al caerse en un horno³¹.

A esto se puede agregar la inventiva de los trabajadores para lidiar con la represión. Por ejemplo, a fines de 1976, el Ejército acudió a la fábrica Peugeot que se encontraba en huelga. Al llegar fueron enfrentados por los 5.000 obreros al grito de "¡Argentina!", quienes posteriormente pasaron a cantar el himno nacional. Ante semejante demostración de patriotismo, el oficial al mando de la tropa dudó entre el reglamento y reprimir, momento en el cual los obreros aprovecharon para iniciar un diálogo exponiendo ante los soldados sus condiciones de vida y exigiendo la libertad de seis compañeros detenidos, cosa que lograron³². Para la misma época ocurrió un incidente similar en la fábrica Mer-

cedes-Benz donde también se recurrió al himno nacional para frenar la ocupación por parte del Ejército.³³

La tristeza como arma

Como resultado de los conflictos de 1976, el año siguiente, 1977, fue con escasas excepciones un período repleto de “tristezas” y sabotaje sin movimiento espectacular ni conflictos masivos. Es un período en el cual se avanza en los métodos de lucha y se desarrollan formas de organización que protejan a los activistas y delegados que reemplazan a los miles golpeados por la represión. La acumulación de fuerzas y el desarrollo en conciencia avanza pero sin brindar blancos, evitando los enfrentamientos y cuidando celosamente lo que se logra construir. Un primer índice claro de este avance se da en agosto de 1977 cuando los transportistas petroleros realizan una medida de fuerza claramente política contra las empresas Shell y Exxon, por el intento del régimen de privatizar las bocas de expendio. Todo concluye hacia el primer salto en calidad de la resistencia del movimiento obrero bajo el régimen militar.³⁴

“Hacia mediados de octubre en Córdoba, los obreros de IKA-Renault reclamaron un aumento salarial del 50 %. La empresa respondió ofreciendo un 15 %. Los trabajadores rechazaron la oferta y comenzaron la huelga de brazos caídos. Al día siguiente, el Ejército entró en la fábrica a exigir a punta de bayoneta que se comenzara a trabajar. En

una sección, un oficial arengó a los obreros explicando la necesidad de obedecer a los superiores y no reclamar aumentos [...], del mismo modo que los militares no hacen huelga para exigir mejores sueldos. La reacción fue inmediata: toda clase de proyectiles se descargaron sobre el oficial y se generalizó la batalla, en la que por supuesto los militares hicieron uso de las armas con el trágico saldo de cuatro obreros muertos. Al día siguiente, hubo un abandono masivo de tareas. Seis mil obreros, bajo una represión despiadada, se movieron masiva y unitariamente, sin ninguna organización legal”.³⁵

La huelga de IKA-Renault duró cuatro días y logró romper la muralla del silencio. La prensa comenzó a hablar de “amenaza de Cordobazo” y pusieron de manifiesto el amplio apoyo que el conflicto tuvo en los distintos gremios que comenzaban a organizarse para plegarse a la lucha³⁶. Lo esencial fue que el conflicto ganó la calle y puso a la orden del día en todo el país la necesidad de ir a la huelga para recuperar los salarios.

Poco tiempo después, se desataron la huelga ferroviaria y la de correos de La Plata. Rápidamente se sumaron Subterráneos de Buenos Aires, los pilotos y el personal técnico de líneas aéreas, el Hipódromo de Palermo, ENTEL, petroleros, marítimos, portuarios de Rosario, Luz y Fuerza, trabajadores del Estado, colectivos de Buenos Aires, Empleados de Comercio, Petroquímica Argentina, Alpargatas, bancarios, SAFRAR-Peugeot, transportes de Mendoza, frigoríficos y transportistas de nafta³⁷.

En noviembre, veintiún sectores gremiales representando a miles de trabajadores habían suspendido sus actividades laborales, reclamando sobre todo mejoras salariales³⁸.

La iniciación de la oleada de huelgas y su persistencia se produjeron al margen y a veces en contra de las direcciones sindicales, poniendo en evidencia un nivel de organización subterránea que podía abarcar gremios enteros. Se repitieron asambleas de base y de delegados, y allí la burocracia sindical se vio constantemente rebasada.

La huelga ferroviaria de octubre fue el ejemplo más claro de un movimiento de fuerza gestado y lanzado semiclandestinemente que logró realizar asambleas en los lugares de trabajo, eludiendo al aparato represivo. Fue un conflicto de alto contenido, pues cuestionó el plan de privatización de los ferrocarriles y amenazó en convertirse en una huelga general, concluyendo en forma exitosa en materia de reivindicaciones salariales satisfechas³⁹.

Al igual que en 1976, fue notable el nivel de conciencia y unidad a través de los conflictos. Por ejemplo, en subterráneos, donde al conocer la detención de algunos compañeros después de finalizado el paro, volvieron de inmediato y masivamente a la huelga para lograr su liberación⁴⁰. Las reivindicaciones pedidas fueron: 10.000.000 pesos ley de salario mínimo; restitución de las conquistas sociales; normalización del cuerpo de delegados y del sindicato; reincorporación de los cesantes y defensa de las fuentes de trabajo; y una



EDUARDO COMESAÑA

En dictadura. Trabajo a reglamento, sabotaje y tristeza.

más que casi no trascendió a los medios de comunicación: la renuncia de Martínez de Hoz al Ministerio de Economía⁴¹. Los resultados fueron notables. Era evidente que el terror en su más cruda acepción había quedado atrás⁴². Pero además se consiguieron aumentos salariales: en ENTEL se obtuvo el 100 %, el 83 % en Gas del Estado, y el 43 % en Ferrocarriles Argentinos⁴³. Es evidente que se debe apuntar un cambio en la correlación de fuerzas entre el movimiento obrero y el régimen militar. A diferencia del año anterior, el paro de Renault desencadenó una oleada de huelgas bien organizadas y desde la base; la represión no tuvo blancos fáciles por la magnitud de la movilización y por el tipo de organización.

El avance concretado a fines de 1977 obtiene un margen de maniobra para el movimiento obrero dando un nuevo impulso a la acumulación de fuerza del mismo. En 1978 se remarca un importante aumento en la cantidad de conflictos y medidas de fuerza, registrando la revista Mercado 1.300 de ellos en la primera mitad del año⁴⁴. A su vez, se calculan en 4.000 los conflictos a través del año⁴⁵. Los principales fueron el portuario (julio), el de Fiat (octubre) y el del Frigorífico Swift de Rosario (octubre). Se registraron movilizaciones de bancarios y transportistas. Hubo un nuevo paro ferroviario a fines de noviembre que resultó exitoso y en diciembre entraron en huelga varias empresas, entre ellas Renault y Firestone de Llavallol.

Remarcamos que la mayoría de los conflictos no trascienden a la prensa y al mismo tiempo son, en general, pequeños y de corta duración. Es por esto que todo cálculo en cuanto a número de conflictos debe necesariamente ser inexacto, aunque sirva como orientación general.

Todo confluye hacia un segundo pico cualitativo que ocurre a través de 1979. Decimos a través porque, a diferencia del primer pico en 1977, éste no tiene una sola acción concreta, una oleada de huelgas que lo muestre, sino que se nota por varios hitos cualitativos que marcan el avance en la acumulación de fuerzas del movimiento obrero. Entre estos hitos tenemos la primera toma de fábrica desde 1976 cuando, el 8 de marzo de 1979, entran en conflicto los obreros de Aceros Ohler⁴⁶. En abril, los 3.800 obreros de Alpargatas decretaban, en tumultuosa asamblea en la puerta de la fábrica, un paro por tiempo indeterminado. Tres meses más tarde ocurren tres tomas más: las metalúrgicas Cura Hnos., IME y la Cantábrica⁴⁷. El 16 de septiembre ocurre la huelga de Peugeot que muestra no sólo la coordinación a nivel de la industria automotriz de la base del SMATA, sino que asume características primordialmente políticas al cuestionar la política salarial del régimen. Los trabajadores de Peugeot pedían la equiparación salarial con la empresa líder y el convenio por industria y no por empresa⁴⁸.

Al mismo tiempo, los colectiveros de San Miguel de Tucumán realizan una movilización en demanda de aumentos. También reveladora fue la huelga de Swift, el 8 de noviembre, la que desencadenó en la toma del frigorífico por parte

de los trabajadores y la comunidad de Berisso, la cual apoyó activamente la medida de fuerza⁴⁹. Y por último, remarcamos el “paro sorpresivo” de transporte en Rosario, en diciembre de 1979, que coordinó a cinco gremios al margen de las direcciones nacionales de los sindicatos⁵⁰.

Subyacente a todo esto existe un aumento significativo en la cantidad de conflictos: los cálculos basados en las medidas de fuerza reportadas en la prensa (necesariamente muy por debajo de la realidad) dejaban un saldo de más de 500.000 días/hombre de paros durante los primeros diez meses de 1979, o sea cinco veces más grande que en 1978⁵¹. A su vez, Arturo Fernández calcula que el número de conflictos duplicó los producidos en 1977 y cuadruplicó el número de trabajadores que participaron en los mismos⁵². Finalmente, y también muy importante, se va dando toda una cooperación entre los trabajadores y los pequeños y medianos empresarios que, en varios casos, llegaron a apoyar medidas de fuerza que aportasen al deterioro del régimen⁵³.

Tanto la implícita alianza con otros sectores sociales, como el hecho de que el movimiento obrero retomase en 1979 formas de lucha (tomas de fábrica, huelgas por tiempo indeterminado, movilizaciones como las de Swift y San Miguel de Tucumán) que no habían tenido éxito en 1976 —y que no se habían aplicado en 1977 y 1978—, muestra claramente un desarrollo en la acumulación de fuerza propia.

Dentro de todo esto se ubica también la Jornada Nacional de Protesta del 27 de abril de 1979. La extensión real de la misma no se ha medido con justeza.

El comité de huelga clandestino, organizado por la Comisión de los 25, estimó que el 75 % de los trabajadores habían acatado la medida. En general, se admite que esa cifra está bastante inflada y que el porcentaje se acerca más al 40 %⁵⁴. De todas maneras, si bien la huelga no logró detener al país, sí logró alterar sustancialmente la normalidad en el cinturón industrial del Gran Buenos Aires y de las principales ciudades del interior⁵⁵. La importancia de la medida no fue tanto por el número de obreros que hayan o no acatado el paro sino más bien por el hecho de que éste fue llamado por un sector de la burocracia sindical, demostrando en concreto la presión que ésta sentía para tomar medidas más combativas respecto del régimen. Decían en el llamado a la Jornada de Protesta: “...Sentimos sobre nosotros la mirada inquietante de los trabajadores que podrían sentirse abandonados a su suerte, lo que determina nuestra decisión de colocarnos a la cabeza de la protesta que se generaliza, para unificarla con la decisión de una propuesta nacional”⁵⁶.

Salario y recesión

A partir de 1979 se nota una aceleración en el proceso de acumulación de fuerzas del movimiento obrero. Ya a fines de 1980 ocurren las tomas de varias fábricas más (Deutz, la Cantábrica, Sevel, Merex); paros coordinando a la comunidad con los trabajadores (Tafí Viejo, Ingenio Ñuñorco); coor-

dinadoras clandestinas a nivel nacional (Trabajadores del Estado, Transportes); movilizaciones (Deutz, la Cantábrica). A esto se agrega el “paro sorpresivo”, cuyas características son: corta duración, total sorpresa y niveles de organización muy altos que permiten conseguir desde la base una gran efectividad. Ante el paro sorpresivo, la fuerza represora se siente impotente, los conflictos no le dan tiempo para actuar. Cuando se enteran del hecho, ya no hay margen de acción porque éste se ha acabado. Además, los trabajadores se mantienen en sus lugares de trabajo lo que les permite obrar con rapidez y aprovechar al máximo el factor sorpresa.

Sobre la actividad huelguística de 1980, es útil considerar algunas estadísticas basadas en la información periodística³⁷. Durante los primeros seis meses del año se registraron 95 medidas de fuerza de magnitud, que suman un total de 115.623 obreros parados. A partir de febrero hubo una constante en el aumento de trabajadores parados.

Los conflictos producidos en Capital Federal y Gran Buenos Aires representan el 70 % del parque industrial del país. Al mismo tiempo, debemos apuntar que los conflictos en la primera zona trascienden con mayor facilidad a la prensa; y a su vez que el sindicalismo en el interior del país fue más duramente golpeado, tanto por la represión como por la situación económica, dificultando mucho sus posibilidades de accionar.

Del total de medidas de fuerza revisadas, 24 ocurrieron en empresas de servicios y 55 de industria. Si bien el número de conflictos en la industria fue superior al de servicios, esta relación tiene otro significado en cuanto al número de trabajadores. Los conflictos en la industria movilizaron a 34.815 obreros y las empresas de servicio a 52.996, es decir al 60 % del total. Estos conflictos se dieron con un gran empuje en sectores de servicios que tuvieron un carácter dinámico en el proyecto económico del régimen, como la banca, el puerto, marítimos.

Una revisión de las causas de las medidas de fuerza establece que 35 fueron por salarios, 31 por recesión (dentro de ellas, 19 por falta de pago, 7 por despidos, 1 por cierre y 4 por suspensiones), 6 por condiciones de trabajo, 1 por organización sindical, el resto por causas varias.

Esto indica la existencia de dos ejes precisos en los conflictos de una similar importancia: salario y recesión. Los conflictos por condiciones de trabajo tuvieron una importancia gravitante ya que, en muchos casos, se hicieron contra cambios globales en el régimen de trabajo que significaban una pérdida de importantes conquistas y agredían al conjunto de los trabajadores del gremio, tornándose por lo tanto en conflictos de un alto grado de politización. Por ejemplo, tenemos la lucha contra la nueva ley de navegación, la privatización de subterráneos, el desmantelamiento de los ferrocarriles. Por otro lado, la proporción de conflictos por aumento salarial en relación a las industrias y las

“La mayoría de los conflictos no trascienden a la prensa y al mismo tiempo son, en general, pequeños y de corta duración. Es por esto que todo cálculo en cuanto a número de conflictos debe necesariamente ser inexacto, aunque sirva como orientación general.”

empresas se corresponde con el papel que juegan dentro del plan económico de Martínez de Hoz.

De los conflictos por recesión, hay que verificar dos procesos en el problema de los cierres y despidos; uno es la crisis de la industria, que hace a la reducción de la producción, y otro hace a un proceso de concentración monopólica que no significa siempre una pérdida de la importancia de la industria.

Los trabajadores de Deutz fueron los primeros, desde los paros de 1977, que levantaron en forma explícita y pública el pedido de renuncia del Ministro Martínez de Hoz, equiparándose a su vez la experiencia que estaba realizando contemporáneamente “Solidaridad” en Polonia y reclamando el apoyo del Vaticano. En el conflicto del BIR ocurrieron entrevistas públicas, una misa y presencia en la Casa Rosada; en el del Hospital Provincial de Rosario se realizó una marcha en los jardines del establecimiento; en SASERU se dio una marcha de hambre en la calle; en el Banco de Tokio los empleados llevaron a cabo una guerra de insecticidas con fuerte olor.

No existió una forma de lucha única, sino que hubo respuestas diferenciadas ante cada problema. En los conflictos por aumentos de salarios, las medidas fueron en su mayoría paros con presencia en el lugar de trabajo, que duraban horas y eran progresivos. Esto demostraría una tendencia a mantener unidos a los compañeros y evitar la dispersión ya que, al no poder utilizar el sindicato como lugar físico de reunión, ésta se hizo en la empresa. Ello estaría determinado también por la necesidad de no prolongar en el tiempo los conflictos. Se buscó en los pedidos de aumentos reaseguros que impidieran que el nuevo salario fuera tragado por la inflación; por ejemplo, la indexación del salario, tendiendo en los montos inicialmente reclamados a igualarse con las mejores empresas de cada sector.

En los conflictos por recesión también hay respuestas diferenciadas, siendo notable que en los casos de despidos y cierres el enfoque es opuesto al de la situación anterior. Aquí, el esfuerzo se dirige a sacar el conflicto a la calle, extenderlo a otras empresas y lograr el apoyo de otros sectores sociales. Hay conflictos por recesión que duraron meses, como en el caso de La Bernalesa, Borgward, Deutz, BIR, Productex.

Los conflictos por condiciones de trabajo se dieron en los sectores laborales de mayor nivel organizativo y conciencia, como ferroviarios, SMATA y textil del hilado sintético. EsL

de destacar, por su importancia, el paro nacional marítimo, por su unidad, magnitud y por su alto contenido político de enfrentamiento a una ley de la dictadura que permitía la contratación del personal extranjero en los buques argentinos; cosa que no sólo haría peligrar sus fuentes de trabajo, sino también su poder de negociación como entidad gremial y —por ende— el control sobre las condiciones de trabajo. En términos de respuesta, diez de los conflictos obtuvieron expresiones de solidaridad pública, tres de éstas fueron activas y una de ellas (caso del Ingenio Azucarero Ñuñorco) sumó a otros sectores sociales.

Existe información sobre la estructura de conducción en 56 casos de los 79 analizados. Los datos disponibles indican lo siguiente: 44 conflictos fueron conducidos por organización de empresa; 10 por comisiones internas; 1 por comisión de despidos; 1 por coordinadora de agrupaciones.

De los conflictos acerca de los cuales se tiene información sobre su conducción, 44 fueron dirigidos por organismos de empresa, lo cual demuestra dónde estuvo la conducción de los conflictos, apuntando al marginamiento de las direcciones jerárquicas sindicales y resaltando la importancia de la recomposición del activismo obrero después de los durísimos golpes sufridos entre 1975 y 1977. Un fenómeno nuevo en el surgimiento de los conflictos de más de una empresa, extensión que se dio en torno a cada actividad y no sobre el territorio, o sea que la coordinación fue por rama de industria o servicio. Este fue el caso de los conflictos en pesca, Bahía Blanca, transportes de Córdoba, marítimos y los bancos de Quilmes y Popular Argentino.

Hubo también un proceso de desarrollo y concentración organizativa estable, visualizado en el desarrollo de las CUTAs zonales y en la existencia de coordinación en portuarios, ferroviarios, gremios de transporte, estatales.

Se desprende claramente de todo lo expuesto anteriormente, que la actividad obrera se concentró principalmente en la zona del Gran Buenos Aires y en menor grado en Córdoba y Rosario. A través de 1980, se notó todo un desarrollo muy importante de actividad obrera en el interior del país. En este sentido, fueron reveladores los paros azucareros de Ñuñorco y ferroviario del Taquí Viejo en Tucumán, los paros ferroviarios y de transporte en Rosario, las huelgas automotrices en Córdoba, la agitación entre los metalúrgicos de Villa Constitución y las múltiples protestas y medidas de fuerza en otras zonas del país, como por ejemplo Mendoza.

En términos de sectores fueron los ferroviarios, metalúrgicos y automotrices los que estuvieron al frente de la resistencia. En concreto, han sido Renault y Peugeot, conjuntamente con los ferroviarios, los que marcaron el paso de las movilizaciones de 1977; y fueron éstos junto con los metalúrgicos, los que estuvieron al frente en 1979 y 1980, protagonizando los afiliados del SMATA y la UOM casi todas las tomas de fábrica.

“Ante el paro sorpresivo, la fuerza represora se siente impotente, los conflictos no le dan tiempo para actuar. Cuando se enteran del hecho, ya no hay margen de acción porque éste se ha acabado. Además, los trabajadores se mantienen en sus lugares de trabajo lo que les permite obrar con rapidez y aprovechar al máximo el factor sorpresa.”

Destacamos el peso del sector servicios en la movilización de los trabajadores, particularmente después de 1978. Un sector que también se mostró muy combativo es el de textiles; pero este sector fue muy golpeado por la oleada de quiebras y el gran desempleo en la industria, que se erigieron como serios obstáculos a su organización y movilización.

En 1981, la creciente agitación evidenciada en el campo laboral causó que la situación del mismo se tornara en una de las principales preocupaciones del régimen militar, inclusive por encima del problema económico. Durante los meses de junio y julio se sucedieron oleadas de medidas de fuerza y conflictos. Hubo huelgas en Mercedes-Benz y en Perkins Argentina; los metalúrgicos se declararon en estado de alerta; el 4 de agosto los trabajadores ocuparon la metalúrgica Bellusi y el mes anterior había ocurrido lo mismo en Industrias Metalúrgicas de Rosario. Luz y Fuerza realizó una manifestación de cientos de sus afiliados en pos de aumentos salariales⁵⁸. Pero lo que más resaltó como indicador de la situación del sector obrero fueron los dos paros nacionales del SMATA y el paro general decretado por la CGT el 22 de julio.

Los paros del SMATA fueron realizados como parte de un plan de movilización del gremio en defensa de sus fuentes de trabajo. El desarrollo de los mismos planteó un desafío al régimen. Los paros del gremio mecánico fueron acatados casi totalmente en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires, mientras que las seccionales del interior, lideradas por Elpidio Torres, de Córdoba, no adhirieron. En el primero de éstos, realizado el 17 de junio, el régimen respondió encarcelando a varios dirigentes y a numerosos trabajadores que intentaban realizar una manifestación en la central del gremio en Buenos Aires⁵⁹.

Por otro lado, el paro nacional convocado por la CGT suscitó mayores inquietudes. Sus objetivos fueron “recuperación del aparato productivo y de los niveles de salarios” y “plena vigencia del estado de derecho”. Los organizadores invitaron a participar a otros sectores sociales y recibieron la adhesión de todas las regionales de la CGT, de las seccionales del SMATA, la coordinadora de Taxis, y de cuatro agrupaciones gremiales que se desenvuelven en la Unión Ferroviaria, entre otros. La CGT declaró que el paro “no está



GENTILEZA HORACIO VILLALOBOS

El regreso a la Plaza. En marzo del 82, los reclamos vuelven abiertamente a su espacio público habitual.

dirigido contra nadie en particular⁶⁰; pero esa declaración conciliadora, dirigida a los sectores gremiales más colaboracionistas y al régimen en particular, no engañó a nadie. En la práctica el paro enjuiciaba todo lo actuado por los militares durante los cinco años anteriores.

El paro general del 22 de julio de 1981 tuvo características similares al de 1979, aunque las cifras de acatamiento fueron mayores. En el Gran Buenos Aires paró la vasta mayoría de los establecimientos industriales, con las notables excepciones de la metalúrgica Gurmendi y de Ford General Pacheco, y además no se logró paralizar el Ferrocarril Mitre y la respuesta fue sólo parcial en las líneas Roca y Sarmiento. La Plata tuvo 50 % de ausentismo; en Córdoba y Rosario adhirieron los gráficos; en Tucumán y Mendoza, los ferroviarios; en Bahía Blanca, el 60 % de los empleados de comercio; en Entre Ríos, el SMATA, camioneros y panaderos; en San Juan, vitivinícolas, bancarios y trabajadores de la carne; en Mar del Plata, los mecánicos; y en Capital Federal, los estibadores y muchos otros. La Policía Federal informó que un millón y medio de trabajadores habían acatado el llamado de la CGT. También importante fue el hecho de que muchos pequeños y medianos empresarios y comerciantes cerraron sus puertas en apoyo al paro.⁶²

Los militares, aunque manifestaron repetidas veces que no estaban preocupados por el paro, demostraron en la práctica lo contrario. Surgieron las acostumbradas amenazas de aplicar los distintos decretos antilaborales instituidos desde el golpe militar. A nivel abiertamente represivo, las fuerzas

de seguridad se movieron a través de distintas ciudades "peinando" bares y lugares públicos, deteniendo "para averiguación de antecedentes" a todos los sindicalistas que encontraban, liberándolos horas más tarde. Los dirigentes que integraban el secretariado nacional de la CGT fueron arrestados el día del paro.

Se evidenciaba que la situación del obrero seguía empeorando notablemente. Entre enero y julio de 1981, Clarín informó que se habían registrado 1.296 juicios por quebranto, o sea un aumento del 129 % en valor real sobre 383 juicios registrados en 1980. Asimismo, informaba que la industria metalúrgica básica exhibía una capacidad ociosa del 64 %; papel y cartón del 59,9 %; cemento del 44,6 %; productos químicos industriales del 26,2 %; destilerías petroleras del 26,4 %; y fábricas automotores del 37,8 %. La situación era tan seria que el Obispado de Quilmes organizó una concentración pública que denominó "Marcha de hambre". Los organizadores exhortaron a pedir "pan y trabajo" y solicitaban a los manifestantes a que llevaran "ropa y alimentos para los necesitados".⁶³

La Argentina desconocida se volvió a manifestar abiertamente el 7 de noviembre en la marcha por "Paz, Pan y Trabajo" a San Cayetano, marcando, además, que la resistencia obrera ya obligaba a otros sectores a pasar a la oposición en forma más activa. La marcha fue organizada por la CGT y contó con el apoyo activo de la Iglesia católica y de algunos partidos políticos. Ésta convocó a más de 50.000 personas y fue correctamente descripta por un cronista como "marcha ↵

de la bronca".⁶⁴

Los manifestantes marcharon desde el estadio de fútbol de Vélez Sarsfield hasta la Iglesia de San Cayetano, patrono del trabajo, coreando consignas contra el régimen y reclamando por los desaparecidos. Se vieron expresiones de furia popular al finalizar la demostración, cuando algunos de los manifestantes se enfrentaron con las fuerzas represivas, arrojando salivazos y monedas a los agentes de policía, o entonando cánticos de neto corte político y hasta partidario. Esta actitud es notable dado el vasto operativo represivo que desplegó el régimen, que incluyó a miles de efectivos y hasta el uso de helicópteros⁶⁵.

En otros puntos del país hubo manifestaciones similares. En la ciudad de La Plata, en Berisso y Ensenada se organizó una concentración para marchar a la Iglesia de San Cayetano que fue impedida por el despliegue de policías uniformados y de civil. También en Rosario, los trabajadores acudieron al llamado en medio de un severo dispositivo de seguridad.

Es importante consignar la importancia de esta manifestación, porque su desarrollo tomó por sorpresa a los organizadores y al régimen por igual. Tanto las consignas reclamando por los desaparecidos como las de "asesinos, asesinos" o "el pueblo unido jamás será vencido" iban bastante más allá de lo planificado. Esto se evidenció cuando recién después de la Marcha, y cediendo ante la evidente presión popular, los cinco partidos políticos nucleados en la Multipartidaria (PJ, UCR, PI, PDC, Confederación Socialista) asumieron el tema de los desaparecidos. Y días más tarde, el vicepresidente primero del Justicialismo, Deolindo Bittel, expresó su preocupación por "la indiferencia de los argentinos" ante los políticos "que ya no creen en Dios, ni en la patria ni en sí mismos". Las cosas se les estaban escapando de las manos.⁶⁶

Esto último se vio reflejado en varios incidentes a principios de 1982. El primero ocurrió cuando el titular de la CNT, Jorge Triacca, se apersonó en la seccional del gremio plástico de la zona norte del Gran Buenos Aires, y allí fue expulsado a puñetazos por los obreros entre gritos de "traidor" y "colaboracionista".

La prensa informó, también, que se había formado un movimiento de base en la Unión Ferroviaria, integrado por varias seccionales de ese gremio en Buenos Aires, en rechazo a la dirección del gremio. A su vez, en una misa celebrada por la CGT en La Matanza para orar por los desocupados, en defensa de las fuentes de trabajo y por la libertad de los presos políticos y gremiales sin proceso, se dio una confrontación entre los dirigentes y un amplio sector de la base concurrente. Este ocurrió cuando grupos de participantes empezaron a corear consignas de corte combativo. Los dirigentes calificaron de "infiltrados comunistas" a los que coreaban los estribillos. La reunión terminó en una gresca en la cual la policía intervino para proteger a los dirigentes gremiales⁶⁷.

El avance en todo este proceso hizo síntesis durante el mes de marzo de 1982, cuando miles de personas expresaron su descontento frente a la desesperante situación económica. Más de dos mil personas se movilizaron el día 5 frente a la Casa de Gobierno para reclamar por los desaparecidos. Los estatales se movilizaron el 9 en Buenos Aires en contra de las privatizaciones. El 17 durante un homenaje a Carlos Andrés Pérez, ex presidente de Venezuela, el público comenzó a corear: "¡La sangre derramada no será negociada!", en oposición a la propuesta de establecer un acuerdo entre civiles y militares. El 18, los trabajadores portuarios de Buenos Aires reclamaron ante el Comando en Jefe de la Armada por sus fuentes de trabajo y mejoras salariales; mientras jubilados y pensionados demandaban aumento de haberes en Plaza de Mayo. En la iglesia de San Francisco, a una cuadra de la Plaza de Mayo, más de mil trabajadores estatales arrojaron volantes de repudio al gobierno al concluir una misa en que se rogó por los salarios.⁶⁸

El 19 de marzo, la CGT lanzó el llamado a todos los sectores del país para que converjan en la Plaza de Mayo el día 30. La movilización fue llamada con el fin de "decir basta a este proceso que ha logrado hambrear al pueblo sumiendo a miles de trabajadores en la indigencia y la desesperación".⁶⁹

La tarde del 30 de marzo, la Plaza de Mayo estaba virtualmente cercada por una concentración de patrulleros, carros de asalto, camiones hidrantes, helicópteros y policías a caballo. Los manifestantes no pudieron acceder a la misma, pero fueron sumando a numerosos espectadores indignados por la brutalidad del accionar policial. Los manifestantes dieron vuelta al área de la plaza por varias horas desafiando a las fuerzas represivas. A las 16, la policía interceptó en el puente Pueyrredón a una gruesa columna de obreros que pretendía cruzar el Riachuelo. También fue reprimida una manifestación en Tribunales y otra de estibadores en el puerto. Frente a la CGT se formó una columna que se pudo en marcha hacia la Plaza⁷⁰. Al caer la noche, todo el centro de la ciudad de Buenos Aires era un pandemonio. La policía castigaba a los manifestantes con salvajismo, con disparos hacia los balcones desde los cuales la gente gritaba contra la represión. El pueblo hacía frente a las fuerzas de seguridad y desde los edificios y las esquinas llovían todo tipo de proyectiles. Hubo entre mil y tres mil detenidos, dependiendo de la fuente utilizada.

En casi todas las ciudades del interior se hicieron actos paralelos. En Mendoza, una manifestación similar a la de Buenos Aires fue duramente reprimida, quedando entre los muertos el dirigente de los trabajadores del cemento José Ortiz con una bala en el pecho. En Rosario, dos mil personas recorrieron las calles del centro, a pesar de la fuerte presencia policial. En Tucumán hubo más de 200 detenidos. En Córdoba, la ciudad fue ocupada por el III Cuerpo de Ejército que patrullaba las calles con columnas de hasta siete vehí-

culos militares. En Mar del Plata, los enfrentamientos con la represión resultaron en numerosos heridos¹. Al día siguiente, haciendo un balance de la jornada, la CGT afirmaba que el proceso militar “está en desintegración y en desbande y reclama un gobierno de transición cívico-militar hacia la democracia”. Dijo: “Ayer ha terminado el miedo, el pueblo dijo *basta* a una dictadura que ha sumido al país en la más tremenda crisis de todos los tiempos”.

El plan de lucha desarrollado por la CGT, que culminó en la movilización del 30 de marzo de 1982 frente a la Casa de Gobierno en la Capital Federal, marcó claramente que el movimiento obrero había herido al “Proceso”. La importancia de esta movilización es que dejó claros varios aspectos. Primero, que el terror y la represión no alcanzaron para detener la lucha popular. Segundo, y se desprende de lo anterior, que los trabajadores habían acumulado suficiente fuerza, tanto objetiva como subjetivamente, para retomar la calle una vez más y disputársela a las fuerzas represivas. Tercero, la movilización ejemplificó cómo el movimiento obrero se constituyó en el motor de la resistencia antidictatorial impulsando a otros sectores sociales, tanto a la lucha callejera como a medidas de fuerza conjuntas.

Unos días más tarde comienza la tristemente célebre Guerra de las Malvinas. Es indudable que la Guerra aceleró la tendencia hacia la apertura. Pero también es indudable que el proceso de resistencia obrera desarrollado a partir de marzo de 1976 —y que culminó con la movilización de marzo de 1982— representa la base material de la conquista de la democracia y la derrota de la dictadura. La resistencia obrera fue una de las causas del deterioro de la dictadura, puesto que impidió la libertad que requería Martínez de Hoz, tanto para la aplicación de su plan económico como para poder corregir los “errores” del mismo. A su vez, la “intranquilidad” laboral sirvió de elemento agudizador para las discrepancias tácticas internas en el Proceso.

En este sentido, la Guerra de las Malvinas fue el último intento por lograr un consenso para su modelo de país. Su fracaso en la guerra fue el más visible de todos, puesto que evidenció las carencias de los militares en su función específica. “Los actores de su limitado consenso quedaron al aire y la crisis de hegemonía de los sectores dominantes se agudizó. Es así que se completó el cuadro de quiebra de las representaciones”. ■

Pablo A. Pozzi es Profesor de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

1 J. Villarreal: “Los hilos sociales del poder”, in: *Crisis de la dictadura argentina*, E. Jozamiet al., Buenos Aires 1985, p. 214

2 Véase O. James: “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”, *Desarrollo Económico*, n° 83, octubre-diciembre 1981, pp. 320-349.

3. *Ibidem* p. 332.

“El avance en todo este proceso hizo síntesis durante el mes de marzo de 1982, cuando miles de personas expresaron su descontento frente a la desesperante situación económica. Más de dos mil personas se movilizaron frente a la Casa de gobierno para reclamar por los desaparecidos”.

4. *Ibidem*, p. 331. Citando al secretario general de la CGT, Eduardo Vuletich, en 1995.
5. *Ibidem*, p. 333.
6. *Denuncia*, agosto, octubre y noviembre 1976.
7. A. Abós: *Las organizaciones sindicales y el poder militar 1976-1986*, Buenos Aires 1984, p. 23.
8. Agencia de Noticias Clandestinas (ANCLA), 23 X 1976. Citado en H. Verbitsky: *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina*, Buenos Aires 1985, p. 69.
9. Para el conflicto de Luz y Fuerza seguimos principalmente el informe que se encuentra en S.R.A: de la Federación Gráfica Bonaerense, “Situación sindical en la República Argentina”, Mimeo, 24 III 1978.
- 10 A. Abós: op. Cit., p. 24.
- 11 Situación...
- 12 *Denuncia*, noviembre 1976.
- 13 A. Sirkis: op. Cit., p. 196
- 14 Situación....
- 15 *La Opinión*, 3 XI 1976.
- 16 A. Sirkis: op. cit., p. 197
- 17 *ibidem*, p. 198.
- 18 *Clarín* y *La Opinión* del 29 X 1976.
- 19 *La Opinión*, 3 XI 1976.
- 20 Situación...
- 21 A. Abós: op. cit., p. 24.
- 22 *La opinión*, 27 I 1977.
- 23 A. Abós: op. cit., p. 25.
- 24 *Ibidem*, p. 26
- 25 S. Senén González: *Diez años de sindicalismo argentino*, Buenos Aires 1984, p. 72.
- 26 Cables de UPI y AP del 14 II 1977, *El Día*(México) 15 y 17 II 1977; *La Opinión* 13 II 1977; *Excelsior* (México), 12 III 1977.
- 27 *Denuncia*, agosto, octubre y noviembre de 1976, marzo y abril de 1977; Situación..., p. 35; A. Sirkis, op. cit., pp. 178-179; Boletín Internacional de solidaridad Argentina contra Represión y la Tortura (Archivo de Editorial *Denuncia*, julio de 1976
- 28 A. Sirkis: *A guerra da Argentina*, Río de Janeiro 1982, pp. 178-179.
- 29 *Denuncia*, agosto, octubre y noviembre 1976.
- 30 A. Sirkis: op. cit., p. 204.
- 31 *Denuncia*, abril 1977.
- 32 *Denuncia* septiembre de 1977
- 33 D. Marcelo: “Desafío obrero a la dictadura militar”, *Perspectiva Mundial* (Nueva York), 21 XI 1977.
- 34 *Clarín* 27, 28, 29, 30 X 1977.
- 35 *Denuncia*, diciembre 1977; *Clarín*, 17 X al 3 XI 1977; *La Prensa*, 27 X al 23 XI 1977; *La opinión*, 31 X al 9 XI 1977; *La Nación*, 11 XI 1977; *Excelsior*



EDUARDO COMESAÑA

Instantánea. La Plaza de Mayo, en 1982, fue la crónica de un fin anunciado.

(México), 16 X al 15 XI 1977; Associated Presse y Agence France Presse, cables noviembre de 1977; Liga por los Derechos del Hombre (Argentina), Carta, noviembre 1977.

35 A. Fernández: *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*, Buenos Aires, pp. 91-92.

36 Loc. cit.

37 Denuncia, 1977.

38 Véase supra 34.

39 A. Abós: op. cit., p. 36.

40 Ibidem, p. 36; véase supra 34; J. Perrone: *La patria reciente*, Buenos Aires 1983, p. 129.

41 Mercado, octubre 1978. Evidentemente en este caso el término conflicto debe significar cualquier tipo de diferencias entre la patronal y los trabajadores abarcando desde huelgas hasta la mera información de malestar fabril.

42 L. Bieber: "El movimiento obrero argentino a partir de 1976. Observaciones al trabajo de Francisco Delich", in: *El poder militar en la Argentina, 1976 - 1981*, comp. P. Waldmann, E. Garzón Valdés, Buenos Aires 1983, p. 117.

43 Denuncia, abril 1979.

44 Bloque Sindical del MPM. "Crónica de la resistencia sindical argentina", Mimeo, s/p; 1979.

45 Clarín 16, 17, y 18 IX 1979.

46 Clarín, 9 y 10 XI 1979.

47 Crónica, enero 1980.

48 Cálculo basado en Clarín y otras publicaciones entre enero y octubre de 1979. Véase también G. Chávez: *Las luchas sindicales con el proceso*, Buenos Aires 1983.

49 A. Fernández: op. cit., p. 93.

50 P. Pozzi: "Apuntes sobre la situación del movimiento obrero argentino", Denuncia, agosto 1981; *Latinamerica Political Report*, 4 V 1979, p. 132.

51 Loc. cit.

52 A. Abós: op. cit., p. 55.

53 Ibidem, P. 49.

54 Publicaciones varias y G. Chávez: "Movimiento obrero: los conflictos sindicales en 1980". Mimeo s/p.

55 Denuncia, agosto-septiembre de 1981; "Clarín", 3 VI al 5 VIII 1981.

56 Clarín, 18 VI 1981.

57 Clarín, 15 al 21 VI 1981.

58 Clarín, Uno más uno (México), 23 VIII 1981.

59 A. Dabat, L. Lorenzano: *Argentina: The Malvinas and the End of Military Rule*, London 1984, p. 74.

60 Denuncia, octubre de 1981.

61 Clarín, 8 XI 1981.

62 Denuncia, diciembre de 1981 y entrevista reproducida en el apéndice III.

63 Denuncia, diciembre de 1981.

64 Denuncia, marzo de 1982.

65 Clarín 6 al 20 III 1982.

66 Clarín, 27, 28, 29 y 30 III y 1, 2 y 3 IV 1982; véase también A. Abós: op. cit., p. 85.

67 Idem: loc. cit.

68 Clarín, 1 IV 1982.

69 A. Abós: op. cit., p. 87.

70 Denuncia, abril-mayo de 1982.

71 J. Villarreal: op. cit., p. 211.

La empresa de la complicidad

La Central de Trabajadores de la Argentina denunció ante el juez español a una serie de empresas que apoyaron activamente la dictadura y su accionar represivo. También el plan sistemático para desactivar el poder de la clase obrera: no es casual que el 68 por ciento de los 30.000 desaparecidos fueran trabajadores, aseguran.

En marzo de 1998, la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) realizó una presentación ante el Juez Baltazar Garzón. Firmado por Víctor de Gennaro, Marta Maffei, Víctor Mendibil, Alberto Piccinini, Juan Carlos Camaño, Alberto Morlachetti, el escrito denuncia ante Juzgado Central de Instrucción N° 5, audiencia Nacional de Madrid, la existencia de “un plan concertado por los grandes grupos económicos y las fuerzas armadas para implementar el terrorismo de estado y el genocidio, con el objetivo de disciplinar socialmente a la clase trabajadora para obtener una más alta tasa de ganancia y concentración económica. Estos hechos configuran la violación sistemática y continuada de los derechos humanos, calificados en el derecho internacional como crímenes de lesa humanidad, habiendo sido víctimas de terrorismo de estado y genocidio centenares de ciudadanos españoles y de ascendencia española, así como miles de argentinos y de otras nacionalidades, en lo que constituye uno de los hechos más atroces padecidos por la humanidad a lo largo de su historia”.

Además de la violación sistemática de derechos humanos (derecho a la vida, integridad personal, libertad, garantías judiciales, propiedad), la CTA centró su denuncia en las violaciones a la clase trabajadora y aportó pruebas concretas que la señalaban como un claro objetivo de la represión. Asimismo, denunció la existencia de una “imbricación entre el poder económico y el militar y su continuidad durante la transición democrática, destacada en importantes estudios económicos y políticos basados en pruebas materiales” que también se adjuntaron.

El escrito presentado al Juez Garzón señalaba que el correlato en el plano jurídico de las normas represivas fueron las “leyes” de “prescindibilidad” (21.260 y 21.274). Mediante ellas, se expulsaba a los trabajadores del Estado acusados de ser elementos subversivos, factores reales o potenciales de perturbación, o de tener antecedentes desfavorables de los organismos de seguridad, así como la clausura de sindicatos y de la propia CGT, y organizaciones obreras en general.

Por otra parte, en base a las pruebas aportadas, se apuntó a esclarecer la intervención de los grupos privados que se beneficiaron con el proceso de concentración económica, ganancias industriales y financieras, que demostró una verdadera connivencia de intereses con el gobierno militar y que, con el objetivo de aumentar su tasa de beneficio, instigaron, financiaron, colaboraron, delataron y apoyaron por diversas formas el genocidio y el terror como método de gobierno.

El escrito sostiene que el principal objetivo del terror fue el de “tratar de desarticular a la clase trabajadora, rompiendo todas sus formas de organización sindical y solidaria, secuestrando y matando a los mejores hijos de esa clase, haciendo imperar el terror en sus familias, secuestrando a los hijos de los trabajadores para entregarlos, luego de su robo y borrando su identidad. Esos hechos eran dirigidos —en muchos casos— desde las mismas empresas en cuyo seno actuaban, financiados por los empresarios, los ‘grupos de tareas’ que luego secuestraban y mataban; torturaban dentro de las fábricas, en lugares especialmente preparados para ello; confeccionaban las listas de los trabajadores lucha- →